Fernando Almena

El niño que fue nadie

Colección Quimera

Fernando Almena

El niño que fue nadie

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

© de la primera edición: Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Abert», 2004.
© de los textos: Fernando Almena, 2004.
© de las ilustraciones: Moisés Díaz Ferrando.
Edita: Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Abert».
Colabora: Ayuntamiento de Ibi.

Impresión: Quinta Impresión, S.L.

I.S.B.N.: 84-7784-438-0
Depósito Legal: A-1147-2003

El niño que fue nadie

Este relato obtuvo el Primer Premio
en el XXIII Concurs de Contes Vila d'Ibi

Cada mañana, la sonrisa de Enzo se asoma al escaparate de doña Gloria, la pastelera. Doña Gloria tiene un no sé qué de tarta de fresa, tocinillo de cielo y cabello de ángel.

Doña Gloria no es un bombón, porque el tiempo se le llevó los años y le dejó los kilos. Pero es una mujer dulce.

Los ojillos golosos de Enzo revolotean sobre los pasteles. Y el cristal del escaparate le aplasta su chata nariz.

Marcos, el ciego, vende lotería en la esquina. Sonríe cuando advierte la presencia de Enzo.

—"Rubio", se te oye relamerte a quinientos metros.

Enzo no tiene una idea muy clara de las distancias.

—¿Quinientos metros son el mar?

—Más o menos, si está en calma.

Marcos sabe medir mejor que nadie, incluso las cosas más difíciles: los sentimientos, un puñado de afectos o el cerco de la Luna.

—Marcos, ¿sabes cuánto mide mi corazón?

—Lo sé, "rubio", dos palmos y un sueño. Anda, toma un par de euros y cómprale a doña Gloria la mayor de sus torrijas.

Marcos es ciego de nacimiento. Aunque dice que un día vio a los Reyes Magos.

—Tienes que contarme de nuevo cómo eran.

—Negros los tres.

—Si dicen que sólo uno era negro...

—Eso vino después, "rubio", cuando Trementino, *El Pintacielos*, pintó de blanco a dos de ellos.

Marcos le llama "rubio", pero a Enzo no le importa. Sabe que es una broma. Y él se la devuelve con una mentirijilla:

—Marcos, te has puesto un zapato negro y otro marrón.

—¡Meca... chis!, esto me pasa por no mirar.

Le gusta oírle decir mecachis. Le suena mitad a guarrería mitad a estornudo. Por eso le gasta todos los días la misma broma, por oírle la misma respuesta.

Aunque sabe que Marcos lleva siempre el mismo par de zapatos.

Enzo llega al cole con la cara aún salpicada del azúcar y la canela de la torrija que ha compartido con Marcos, el ciego. Sus compañeros se ríen de su aspecto.

Tiene buenos amigos en clase. Pasaron ya los tiempos en que despertaba cierto recelo. Ahora es uno más. Al principio se había sentido diferente. Sobre todo cuando los de cursos superiores lo

observaban con extrañeza o alguien lo trataba con desprecio.

Enzo es distinto a sus compañeros. No por su pelo rizado ni porque tenga mayor ritmo para la música, o porque sea el que más salta de la clase y el que más lejos escupe. Es diferente por sus rasgos y su piel oscura, casi negra.

Tampoco le fue fácil hacerse de amigos en el barrio. Los chicos lo miraban como a un ser raro. Llegó a sentirse muy solo, incluso rechazado, como si hubiera hecho algo malo.

—Hijo —le había dicho su madre nada más llegar—, quienes van a un país en busca de mejor fortuna no siempre son aceptados. No te preocupes si no encuentras amigos, es cuestión de tiempo.

Así fue, porque, poco a poco, le fueron permitiendo unirse a algunos de sus juegos. Hasta que lo admitieron como uno más de la panda. Pero no le resultó sencillo.

Doña Gloria

Rafa, *El Tirillas*, fue uno de los que más reparos puso a ser su amigo. A Enzo le extrañó que siempre que se acercaba a él se apretaba con fuerza el bolsillo del pantalón. Hasta que un día decidió preguntarle el motivo.

—Es que mi padre dice que venís de fuera a quitarnos el pan, y en el bolsillo guardo mi bocata.

Un bocadillo: un tesoro para un niño flaco como un hilo. De ahí su apodo de El Tirillas.

Su primer amigo fue Marcos, el ciego. Lo conoció delante del escaparate de la confitería de doña Gloria. Contemplaba embelesado los pasteles, cuando Marcos le dijo:

—Todos esos pasteles tienen alma, por eso son capaces de endulzarte la vida.

Enzo se quedó muy sorprendido.

—Sí —añadió—, un poco del alma de doña Gloria.

—Pues se le va a gastar.

—Imposible, el alma de doña Gloria es mayor que la Luna.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque se la he medido —respondió con naturalidad el ciego—. Y mide más de mil veces mil.

—¿Mil veces mil es el cielo?

—Sí, si está despejado.

Cuando Enzo le explicó de qué país procedía, Marcos respondió:

—Eso está muy lejos, en el culo del mundo.

Y cuando Marcos supo que los chicos del barrio no le admitían en sus juegos, los reunió y preguntó:

—A ver, ¿por qué no dejáis que Enzo juegue con vosotros?

—Porque no es de la pandilla —respondió el pecoso.

—Porque es un poco raro —añadió entre risitas el más bajito.

—Porque a mi hermano Juancho le caen mal los negros —concluyó el que parecía el cabecilla.

Marcos, el ciego, pareció contrariado, y preguntó:

—¿Y quién más le cae mal a tu hermano?

—Lucas, el empollón de la clase, la profesora de Lengua, el vecino del sexto, mi primo Arturo...

Marcos no lo dejó continuar.

—Me parece que a tu hermano le cae mal todo el mundo. Veamos, vosotros no queréis que Enzo sea de vuestra panda porque es diferente. Distinto por fuera, pero quizá mejor por dentro. Eso no lo sabéis y tendríais que averiguarlo. Además, es negro porque ha estado en el culo del mundo, y vosotros, que parecéis tan listos, no lo habéis conseguido.

Los niños se miraron con asombro, como si pensaran que eso del culo del mundo debía de ser muy importante.

Marcos debió de decirles otras muchas cosas, pues desde ese día empezaron a dejarle que participara en algunos de sus juegos. Al poco tiempo, no sólo era un miembro más, sino apreciado por todos.

Sin embargo, Enzo no se sentía satisfecho del todo. Seguían existiendo personas que lo miraban con cierta desconfianza y rechazo, y él lo notaba. Un día, le dijo a Marcos, el ciego:

—Oye, Marcos, ¿por qué yo no puedo ser como los demás?

—¿Acaso no lo eres? No veo la diferencia.

—Claro, porque tú no puedes ver.

Marcos se echó a reír.

—Veo lo que no está escrito, veo sólo lo de dentro, ¿comprendes? Y veo que tú no eres diferente.

—Pero me gustaría ser blanco como mis amigos.

—Tonterías, ¿crees que blanco ibas a ser más importante?

—Sí, en mi país ser de color no es ningún problema, pero en éste sí. Unas personas te rechazan, y otras te hablan con la misma dulzura que si fueras bobo, o te acarician como a un perrillo. Pero estoy seguro de que no les gustaría que fuera amigo de sus hijos.

—Esa gente no ha comprendido aún que eres igual a ella —respondió Marcos.

—Quiero ser como los demás, no llamar la atención y que así mis amigos me aprecien más.

—Tonterías —repitió el ciego—, por ser blanco no te iban a querer más. ¿Qué podría hacer yo para que te convencieras?

—Decirme dónde encontrar a Trementino, *El Pintacielos*, y que me haga blanco como a los dos Reyes Magos.

El ciego negó con la cabeza.

—Trementino está muy ocupado para perder el tiempo en deseos tontos de un mocoso de ocho años.

—Por favor...

—Está bien, te dèsengañarás por ti mismo. Pero has de saber que no se deja ver por nadie. Tendrás que ofrecerle algo que atraiga su interés.

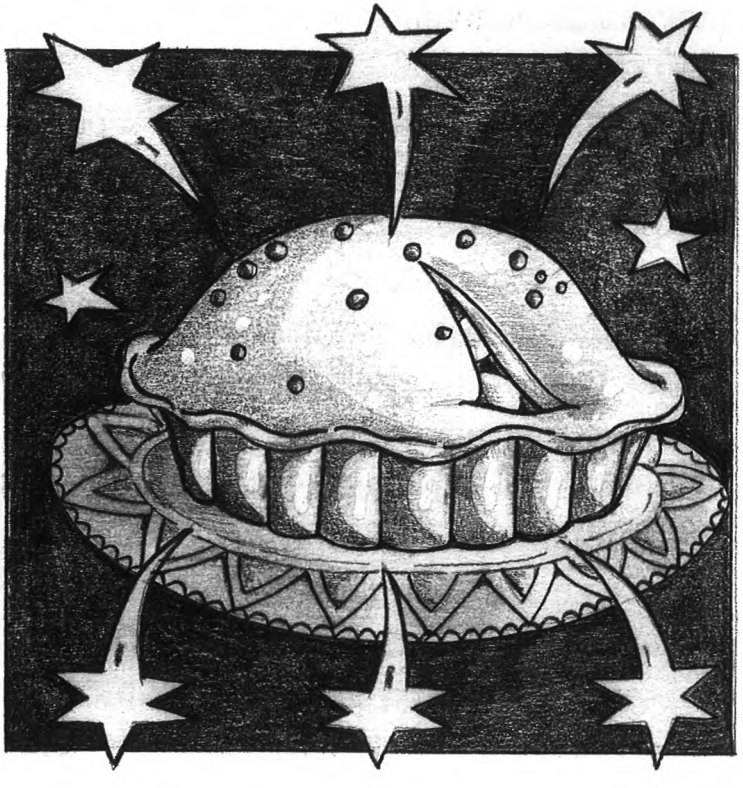
Enzo se buscó en los bolsillos.

—Puedo ofrecerle dos canicas, tres chapas y... y una canción.

—Mejor un pastel de manzana. Trementino es un golosón.

Enzo llegó al bosque y después de mucho buscar encontró el árbol más alto y robusto, el que daba flores de siete colores. En el tronco existía una gran oquedad, como le había dicho Marcos. Metió la cabeza en ella y gritó:

—¡Trementino!



Pero no obtuvo respuesta. Insistió, y por otro agujero más alto asomó una cabeza llena de pelos plateados y revueltos.

—¿Qué pasa, es que una no puede dormir tranquila?

—¿Eres Trementino, *El Pintacielos*?

El extraño personaje pareció enfurecerse.

—¿Qué dices, es que no ves que no lo soy? Yo soy Capuchina, la encargada de encender las estrellas cada noche. Por eso tengo que dormir de día, si algunos pesados como tú me dejan.

—Perdona. Busco a Trementino.

—Lo he oído, no soy sorda. Por culpa de su manía de pintar todas las noches el cielo de negro me toca encender las estrellas para que puedan guiarse los marineros y los caminantes.

—Entonces, lo conoces.

Capuchina se mostró ofendida.

—Cómo no voy a conocer a ese chiflado. ¿Ves todas esas nubes?

—Sí.

—Pues las ha pintado él.

—¿El pinta las nubes?

—Claro, y el azul del cielo, y el rojo del atardecer. Más le valdría dejar el cielo incoloro y a mí en paz.

Enzo pensó que no llevaba razón, que así era todo más hermoso, pero no quiso enfadar a Capuchina.

—Por favor, dime dónde puedo encontrarlo.

—Vive en este árbol, pero no está. ¿Ves a lo lejos, detrás de la lluvia, esas líneas de colores que surcan el cielo?

—¿El Arco Iris?

—Llámalo como quieras, pues ahí está, pintándolo.

Después de mucho caminar, Enzo consiguió llegar al sitio en que arrancaba el largo y curvo puente de siete colores. Los mismos de las flores del gran árbol en que había hablado con Capuchina.

—¡Trementinooo...! —gritó.

Las franjas de colores comenzaron a dibujarse con mayor rapidez, como si quisieran alejarse, huir.

—¡Vengo de parte de Marcos, el ciego, y te traigo un pastel de manzana!

El dibujo de las franjas se detuvo como si hubiera llegado a su final, giró en redondo y retrocedió. Era el Arco Iris más raro que Enzo había visto en su vida.

Poco después, apareció un anciano de largas barbas con siete botes de pintura en las manos.

—A ver ese pastel.

—¿Eres Trementino, *El Pintacielos*?

—¿Quién iba a ser si no? El pastel, el pastel... —suplicó.

Cuando lo tuvo en sus manos, lo miró con ternura, igual que a un polluelo recién nacido. Luego, comenzó a darle mordisquitos, como si pretendiera que le durara toda la vida.

—Dime qué quieres de mí.

—Que me pintes de blanco, igual que hiciste con los Reyes Magos.

—Vaya, ya te lo ha contado ese parlanchín de Marcos. ¿Sólo quieres eso? Nada más fácil para mí. Dime, ¿qué blanco prefieres, el de nube de primavera o el gris de tormenta?

—El más blanco de todos. Quiero ser como mis amigos.

Cuando Enzo llegó a la ciudad, se miró en el espejo de un escaparate y se sintió muy feliz al ver su piel tan blanca como la de un bebé.

Creía que, siendo blanco, todo cambiaría para él, pero no sentía ninguna nueva sensación. Ser blanco no le hacía tener otras cualidades ni pensar de forma diferente. Decidió buscar a sus amigos en el parque para darles la sorpresa.

—¡Hola! —dijo, lleno de alegría.

Pero no le hicieron caso.

—¿Es que no me reconocéis? Soy Enzo.

—No digas tonterías.

—Soy blanco como vosotros.

—¿Y qué? Enzo es diferente, pero no porque sea negro. Es diferente porque... porque es Enzo.

Quiso convencerlos.

—Veréis. Os demostraré que soy el que más salta, y el que más lejos escupe.

Y lo hizo, igual que antes de ser blanco. Pero no impresionó a sus amigos.

—Da igual lo que hagas, tú no eres Enzo. Él lo haría mejor.

—Pero preferiríais que Enzo fuese blanco, ¿o no?

—Ya nos da igual. Cada uno es como es. Y lárgate, que estás estropeando nuestro juego.

Enzo se alejó apenado hacia su casa. Vio a su madre en el balcón.

—¡Mamá! —gritó.

Su madre miró hacia él sorprendida, se encogió de hombros y se metió en casa.

«Ni siquiera mi madre me reconoce —pensó—. Ahora no soy nadie». Triste, echó a andar calle abajo y se detuvo ante el escaparate de doña Gloria. Los pasteles no le atraían como de costumbre. El único cambio desde que era blanco.

Una voz sonó a sus espaldas.

—¿Qué, "rubio", encontraste a Trementino?

Pero Enzo no respondió a su pregunta. Se sentía feliz de que Marcos lo hubiera reconocido.

—¡Me has reconocido!

—Y por qué no te habría de reconocer. Adivino que ya eres blanco.

—Lo soy.

—¿Y qué, has descubierto que eres más inteligente, más importante o mejor por ser blanco?

—No, todo es igual que antes. Mejor dicho, es peor, porque nadie me reconoce, salvo tú.

—Es que yo te veo por dentro.

Enzo se sentó cerca de él, en el bordillo de la acera. Del cielo comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

—Esto es cosa de Trementino, *El Pintacielos*, que ha dibujado nubes de tormenta —dijo el ciego.

Cuando lograron alcanzar un lugar donde guarecerse, estaban empapados. La lluvia había lavado el color blanco de la piel de Enzo. Volvía a tener su color oscuro, casi negro. Pero él ni se había enterado, y Marcos no podía darse cuenta.

—¿Sabes, Marcos?, esto del color de la piel debe de ser una tontería, porque no noto que haya cambiado. Pediré a Trementino que me devuelva mi color. Quiero ser yo.

—Bien, “rubio”, lo que hoy has aprendido vale tanto como cien veces un millón de palabras.

—¿Cien veces un millón de palabras es un libro?

—Sí, si está escrito para un niño.

FIN

9 788477 844389

AYUNTAMIENTO DE IBI

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE